CUARTA NOVENA

DE LA

Visitación de María Santísima

Á SU PRIMA SANTA ISABEL

Y EN SU IMAGEN PORTENTOSA

DE LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

Á LA CIUDAD DE LEÓN

ESCRITA POR M. A.

Oficial mayor de la Curia eclesiástica de la diócesis.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Amabilísimo Jesús, Redentor nuestro, que del seno del Eterno Padre habéis descendido al seno de la Virgen Madre para nacer de Ella, á fin de obrar nuestra redención é iluminarnos en el camino del cielo : Vos tenéis un sumo aborrecimiento al pecado, y nosotros lo hemos cometido delante de Vos sin ningún miramiento á vuestra majestad soberana. No hay un día de nuestra vida en que no hayamos infringido vuestra santa ley, y

Vos, no obstante, nos llamáis, por misericordia, con voces de bondad y de ternura. Queréis tomar posesión de nuestras almas, que por tantos títulos os pertenecen; enviáis á María, vuestra Madre predilecta, para que nos visite y sea el medio de nuestra santificación. ¿Qué más podéis hacer para salvarnos? ¿Seremos indiferentes á vuestras finezas? Hoy mismo, ¡oh Jesús amantísimo!, sea nuestra conversión á Vos. Nos pesa una y mil veces haberos ofendido; muera en nosotros el pecado, que aborrecemos con toda la fuerza de nuestra alma. ¡Ojalá y en este instante muriéramos para no ofenderos más! De hoy en adelante queremos serviros y amaros; queremos vivir y morir en la luz de la gracia y no en las tinieblas del pecado, y para esto acudimos á María, vuestra dignísima Madre, á fin de que, alcanzándonos de Vos la gracia, nos una con Vos en el tiempo y en la eternidad. Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Cuánta es vuestra gloria, ¡oh María!, purísima Virgen de Nazareth! ¡Cuán inconmensurable es vuestra ventura! Predestinada desde la eternidad para Madre de la Luz indeficiente, Dios os crió hermosísima en los esplendores de la gracia, y, compendiando en Vos los prodigios de su poder

infinito, os exaltó sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra. Vos habéis concebido en vuestro seno virginal al Resplandor de la Luz eterna, y admirada de veros Madre de Dios, habéis difundido vuestra claridad preciosa como la aurora esplendente para el arrepentido, como el sol en las alturas para el justo, como la luna en su plenitud para el pecador, como la estrella fulgurante para el que navega en este mundo, agitado por las tentaciones. Vos sois, en verdad, la Madre Santísima de la Luz, de la Luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y por esto, poniendo en acción vuestra influencia prodigiosa, habéis visitado á vuestra prima Isabel para llenar su casa de bendiciones. Este misterio de vuestra ternura ha embargado toda nuestra alma, y contemplándoos candidísima por vuestra pureza y castidad, bellísima por vuestra virginidad inviolable, dignísima por vuestra maternidad divina, é inflamada por la caridad más ardiente, os pedimos que volváis á nosotros vuestros ojos de clemencia y de piedad. De Vos salió la fuente de la pureza para lavarnos; en Vos está la plenitud de la gracia para santificarnos; Vos sois la Madre de la Luz increada y podéis iluminarnos. Venid, pues, ¡oh hermosura del cielo y alegría del mundo!; venid y obrad en nosotros vuestros prodigios. Disipad nuestras tinieblas; santificad-

nos, unidnos con Jesús, para que, contemplando con fruto el misterio de vuestra Visitación, lleguemos á entonar con Vos en el cielo el eterno cántico de vuestro gozo. Amén.

DÍA PRIMERO.

LECCIÓN.

«Y levantándose María, se fué con apresuramiento á la montaña, á una ciudad de la tribu de Judá.»
(*San Luc.*, *1*, *28*.)

VErificado el admirable misterio de la Encarnación del divino Verbo en las entrañas purísimas de María; iluminada la tierna Virgen de Nazareth por el Esplendor del Padre y constituída verdadera Madre de Dios; llena del Espíritu Santo y de la virtud del Altísimo, y resplandeciendo su virginidad con la claridad del Verbo, su primer cuidado fué corresponder á la inspiración divina y poner en práctica el ejercicio de su inflamada caridad. El ángel le había anunciado que su parienta Isabel, que había sido estéril, se hallaba en el sexto mes de su embarazo, y no había sido posible al corazón de María dejar de partir cuanto antes para la casa de su prima, ya para felicitarla por la bendición que Dios le había concedido, ya para cumplir allí los designios de la altísima Providencia.

Así es que, levantándose María, se fué con apresuramiento á la montaña y se dirigió á la ciudad de Judá, á la casa de Zacarías, esposo de Isabel, ambos padres del precursor de Jesucristo. « Nada le detiene para emprender este viaje, ni su delicadeza, ni su tierna edad; todo lo vence, á todo se sobrepone, y sólo piensa en llevar el consuelo á la casa de Zacarías. » ¡ Con qué gracia y majestad la Hija del Príncipe dirige sus pasos edificantes, y cómo va llenando de admiración y encanto á todos los seres criados!

¡Felices montañas las de la Judea, santificadas por la planta virgínea de la Madre de Jesús! Vosotras visteis un día el esplendor y hermosura de esta Virgen sin mancilla, el candor y las gracias de esta tierna Doncellita, la presencia inefable de María; y cuando á su paso las flores se inclinaban, lo mismo que las palmas y los cedros, vosotras sin duda preguntasteis : ¿Quién es ésta que marcha resplandeciente como el sol y hermosa como Jerusalén? Mas las edades ilustradas por el resplandor de este Luminar matutino, por la luz que difunde este Faro de esperanza, las edades os responden : es el Portento de los portentos, el Misterio del cielo y de la tierra, el estupendo milagro de la gracia; es la Virgen, ante cuya hermosura el ángel, absorto, la colmó de elogios y de alabanzas; es el

Solio excelso y elevado sobre el cual va sentado el Señor; es la Casa magnífica que vió Isaías llena de la majestad de Dios[1]; es la Aurora luciente que lleva consigo al Sol divino, y que aparece en la montaña para iluminar los valles; es María, la Madre de la Luz eterna. « Con su presencia ilumina á todo el orbe, y la misma patria celeste resplandece más claramente á la irradiación de esta virgínea lámpara. » El fuego divino que arde dentro de sí misma la dirige á la casa de Isabel para disipar allí las tinieblas con su luz.

Y tú, pacífica y pobre ciudad de León, escogida y privilegiada por la Madre Santísima de la Luz; tú, como la casa del Bautista, has tenido un lugar muy preferente en el corazón de María. Cuando la augusta Reina se ocupaba en Palermo de amaestrar el pincel que la retrataba en lienzo, suministrando la idea del bosquejo y dejándose ver del alma piadosa que con su voz dirigía al pintor para que delineara la actitud que ella presenciaba en María, y para cuyo efecto la Virgen Madre se apareció cinco veces[2], ya dirigía sus pasos hacia ti para hacerte el donativo de su imagen preciosa, que bendijo con su propia mano[3].

[1] Is., VI.
[2] *Historia de la portentosa imagen y del admirable título de la Madre Santísima de la Luz.*
[3] Idem íd.

Levántate, ¡oh ciudad feliz!, y sal á recibir á tu insigne bienhechora con la memoria de sus bondades. Viene á consolarte en tu amargura y á ser tu salud y tu riqueza. Celebra, por tanto, reconocida el aniversario de su advenimiento.

Tres Avemarías, en la forma siguiente:

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Iluminad con vuestro esplendor la ceguedad de nuestras almas.

Avemaría.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Dulcificad con vuestra suavidad nuestra amargura y contrición.

Avemaría.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Inflamad nuestros corazones con el fuego de vuestro amor.

Avemaría.

Libradnos ¡oh Virgen Madre de Dios! Libradnos de la serpiente maligna y del dragón pestífero; vuestra santa fecundidad lo confunda; vuestra bendita virginidad quebrante su cabeza.

Gloria al Padre, etc.

ORACIÓN PARA EL DÍA PRIMERO.

Virgen hermosísima, en quien resplandecen todas las gracias y todas las virtudes: Vos que andáis buscando pecadores para repartirles los tesoros de la divina misericordia que el Señor puso en vuestras manos, mirad nuestros infortunios y compadeceos de nosotros. Dirigidnos por el camino de los preceptos divinos y obtenednos la santa perseverancia en el bien y nuestra eterna salvación. Amén.

Gozos y oración final.

DÍA SEGUNDO.

LECCIÓN.

«Y entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. Y cuando Isabel oyó la salutación de María, la criatura dió saltos en su vientre.»

ES dulcísimo al corazón del afligido ver en su presencia una persona que alivie sus penas y desconsuelo. Es delicioso para el corazón que ama descubrir, sin pensarlo, el objeto de su cariño y estimación. Pero nada hay comparable al júbilo que Isabel sintió cuando vió en su casa á María, en quien la venerable anciana descubrió todas las excelencias de la justicia, todas las gracias de la inocencia, todos los méritos de la virtud y las más íntimas relaciones de su parentesco. María entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. ¡Oh admirable salutación de María, viva expresión de la

caridad más encendida en una pura criatura, solemnísima expansión del alma más inflamada, afectuosísima ternura del corazón más puro! ¡Cómo quedaría Isabel arrobada al oir la voz de la más graciosa de las Vírgenes! ¡Qué emociones tan suaves brotarían de aquel pecho agradecido al ver delante de sí un Prodigio admirable!

Miradla, ¡oh feliz anciana! Es María. La claridad de Dios la iluminó y su antorcha es el Cordero[1]; jamás la noche la envolvió en su vida : la Luz de sus ojos venció á los rayos del sol[2] : es como el día del suspirado júbilo que viene á ser la gloria de los fieles[3] : es la « Madre de la Luz eterna; de la Luz que ilumina en el cielo los coros de los ángeles; de la Luz que ilumina el ojo incomprensible de los mismos serafines...; de la Luz que concibió en su seno, y que ilumina todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra »[4].

« Y cuando Isabel oyó la salutación de María, la criatura saltó de gozo en su vientre.» He aquí el momento felicísimo de gloria para Dios, de honor para María, de gracia para el hombre, de alegría y consuelo para el desventurado : momento en que María descubre la excelencia de su

[1] Apoc., XX, 23.
[2] San Jorge Nicom., *Or. de Oblat. Deip.*
[3] San Juan Damasceno.
[4] San Epif. Serm. *de Laud. V.*

gracia, el grado de su grandeza, el título de su gloria : momento feliz, en que el hijo de Isabel oye la voz de María y conoce desde luego la divina presencia de Jesucristo, y, bañado por esta luz soberana, queda limpio y santificado. Juan salta de gozo en el vientre de Isabel, porque para Juan es la voz de María el agua purísima de la fuente que, con virtud toda divina, lo reengendró en la justicia y lavó de la mancha original; es el bautismo prodigioso que lo restituyó á la inocencia del Paraíso; es el rayo de luz divina que le dió á conocer la presencia del Dios humanado; es la celeste armonía que lo despertó del sueño del pecado; es el fulgor de la estrella que le indicó la alteza de su destino y su predestinación. ¡Oh cuán portentosa es la voz de María, y cuántas bendiciones atrae del cielo su presencia virginal!

Como la luz de la mañana, María destierra, no ya las tinieblas naturales, sino las del pecado que impiden la vista y posesión de Dios : hace brillar la fuente inagotable de la gracia en las almas arrepentidas, derrama la suavidad y la delicia en el corazón oprimido, y mueve á los fieles para que, como las aves, entonen al Creador un canto de gratitud.

Nosotros hemos escuchado esta voz encantadora y amable, como un efecto de la visita que María nos ha hecho en su

imagen bendita de la Madre Santísima de la Luz. Esta ciudad lo recuerda transportada de júbilo. La vió llegar á sus puertas el año de 1731 en la fiesta de su Visitación : y en medio de las emociones más dulces creyó escuchar de sus labios la salutación que dirigió á Isabel. Entonces León quedó henchida de regocijo, los ojos de todos quedaron pendientes de sus ojos, y arrobadas las almas por la hermosura de su rostro virgíneo. Aquí, desde entonces, ante la Madre de la Luz, han hallado consuelo los afligidos y conversión los pecadores, y, como Juan, han saltado de gozo al verse reengendrados por la gracia.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA SEGUNDO.

¡Virgen Serenísima y Madre Santísima de la Luz! Permitid que escuchemos vuestra voz preciosa en lo más íntimo de nuestro corazón, esa voz celestial que santificó al Precursor de Jesucristo y consoló á la casa de Zacarías. Oigamos vuestra voz y adoremos en espíritu y en verdad al Creador de la luz, vuestro Hijo amadísimo; emitid vuestra voz dulcísima en favor nuestro, y, purificada nuestra alma por la gracia, poseeremos una conciencia tranquila y la rectitud y sencillez de los que temen á Dios.

Gozos y oración final.

DÍA TERCERO.

LECCIÓN.

Bendita tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

Iluminada Isabel por la luz del Espíritu Santo, conoció muy bien la grandeza del misterio obrado en María, su incomparable dignidad y el cúmulo de gracias que Dios, por su medio, enviaría á la tierra : y así como Gabriel cuando anunció á María que permaneciendo Virgen sería Madre del Salvador por la virtud del Altísimo y obra del Espíritu Santo; así como el ángel en esta solemne ocasión la llamó bendita entre las mujeres, Isabel, secundando esta alabanza y valiéndose de los mismos términos, como si hubiera presenciado la sublime Anunciación, exclama en alta voz y dice: «Bendita tú entre las mujeres.» Identidad de palabras que admira y patentiza al alma más indiferente que aquí no hay una coincidencia meramente accidental, sino la divina expresión del Espíritu Santo, que por boca del ángel y de Isabel declara la exaltación de María sobre todas las criaturas, tanto por la plenitud de su gracia, como por la magnitud de su dignidad.

Verdaderamente no hay, ni hubo, ni habrá jamás una mujer sobre la tierra que iguale á María en el aspecto de su vida

esclarecida, ni en la hermosura de su purísima conciencia; y cuando el Creador de todas las cosas quiso nacer de esta criatura escogida, y María, sin perder la gloria de su virginidad, concibió y dió á luz á la luz eterna, parece que la misma inspiración divina nos trae á la boca el encomio de su magnificencia y nos hace exclamar llenos de admiración : Bendita Tú entre las mujeres.

¿Y quién no ha de bendecir á María, á quien le fué revelada una unión tan íntima con Dios, que no le fué concedida ni al ángel, ni á justo alguno sobre la tierra? El Señor es contigo, le dijo Gabriel : y San Buenaventura, elogiando esta unión admirable, dice : « que el Señor es con María como el sol con la aurora que lo previene, como la flor con la vara que la produce, como el rey con la reina que viene á él. Porque el Sol más resplandeciente que todos los luminares, la Flor más preciosa que todas las flores, el Rey más glorioso que todos los reyes, es Jesucristo Señor Nuestro. Y la Aurora que previene á este Sol con su clarísima irradiación, la Vara que produce esta Flor con su emisión admirabilísima, la Reina que viene á este Rey en solemnísima procesión, es la benditísima Virgen María» [1]. Isabel inspirada

[1] Lec. XIII.

ve en María este Sol de justicia, esta Flor de los campos, este Rey inmortal de los siglos, y exclama enajenada : « Bendita Tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. »

Madre de Dios en medio de la luz, la Virgen fiel es el trono de zafir que fué exaltado sobre el firmamento angélico [2] en donde el Sol divino resplandeció. ¡Oh, cómo quedó alumbrado este bendito solio por la suprema Luz! ¡Cómo la inocente Virgen, semejante á un palacio magnífico fabricado de oro puro, lleva dentro de sí al Creador mismo de la Luz! ¡Cómo esta Virgen graciosa, á un mismo tiempo Madre, reune en sí misma todos los primores de la naturaleza y de la gracia, y toda la grandeza de su más alto destino!

Con nosotros está la Imagen venerable de la Madre de la Luz; Imagen de raro atractivo que no puede ser sino inspirada, y en la que se ve María en la actitud más expresiva y encantadora, con el semblante risueño y apacible, y en medio de un celeste aparato y cortejo de ángeles, sosteniendo en su brazo á su Hijo divino en forma de gracioso niño, y dando al pecador la mano para librarlo del dragón infernal; Imagen admirable que explica en compendio la grandeza de María : su eminente dignidad,

[2] Lec. XIII.

su poder contra el demonio, su amor al hombre; Imagen, por último, en que María, coronando su obra de belleza con el título armonioso de Madre Santísima de la Luz, manifiesta al universo su misión divina para ahuyentar la tinieblas, convertir á los pecadores, llenar el cielo de justos y glorificar á Dios, que la escogió para Madre suya y abogada nuestra. Unamos, pues, nuestros votos á la salutación del ángel y de Isabel: bendigamos á Dios, que nos dió á María por medianera, y á esta Virgen bendita que nos enriqueció con una prenda inestimable de su amor.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA TERCERO.

Concededenos, ¡oh Madre Santísima de la Luz!, que para contrarrestar al infierno, que en este siglo vomita maldiciones contra Vos y contra vuestro Hijo divino; concededenos que os bendigamos á Vos y á Jesús, en reparación de tan horribles blasfemias. Nuestro corazón se parte de dolor al veros ultrajada en vuestra bondad y maldecido vuestro honor. Quisiéramos destruir estos agravios aun á costa de nuestra vida; mas ya que no merecemos gracia tan insigne, queremos, al menos, bendeciros ahora y en todos los instantes de nuestra vida. Bendita seáis por vuestra pureza

y castidad, bendita por vuestra virginidad, bendita por vuestra maternidad divina, bendita por vuestra bondad, bendito sea eternamente el fruto de vuestro vientre, Jesús.

DÍA CUARTO.

LECCIÓN.

¿Y de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?

¡QUé día tan feliz aquel en que Isabel ve en María el noble objeto de su veneración y de su ternura! ¡Ocasión bellísima en que una Virgen Madre y una anciana venerable, también Madre, en medio de prodigios inauditos, experimentan las emociones más puras, y se corresponden mutuamente por medio de los sentimientos más tiernos y afectuosos! ¡Hora preciosa que puede llamarse de oro, porque en ella Isabel descubre en María las virtudes y portentos que forman el encanto del alma: la virginidad, radiante de pureza, la castidad con todo su esplendor angelical, la maternidad unida á la virginidad, la ternura de madre á la majestad de reina! Ve Isabel que María es la « Hermosura de las gracias, la Virgen admirablemente singular y singularmente admirable » [1], la Madre de la clemencia

[1] San Agustín.

llena de humildad y de grandeza: y así como en el firmamento se ve distintamente a variedad de luces que lo iluminan, así también Isabel ve en María la variedad admirable de virtudes que ilustran al mundo, de gracias que lo hermosean, de doctrina y ejemplos que lo iluminan. Ve la estrella nacida de Jacob, la estrella más insigne y preclara, la más alumbrada por el Sol, la que envía su radio divino sin menoscabo de su claridad; ve la Luna en la plenitud de su hermosura, á cuya influencia benéfica se disipan las tinieblas; ve la Aurora más alegre y preciosa, á cuya presencia huye la noche y se levanta el día; ve la Señora del mundo, á quien los Profetas contemplaron de lejos y dibujaron con rasgos expresivos; ve, por fin, á la virgen de Isaías, la contempla Madre de Dios y exclama: « ¿Y de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme? »

Yo veo una Virgen, pudo decir Isabel, yo veo una Virgen Madre, «cuya verdadera fecundidad glorificó á su inviolable virginidad, y cuya inviolable virginidad glorificó á su verdadera fecundidad» [1]. «Yo veo que á Dios no convenía otra Madre que esta Virgen, ni á esta Virgen otro Hijo que Dios; porque no pudo nacer ni mayor

[1] San Agustín.

Madre entre las madres, ni mayor Hijo entre los hijos» [1]. « Yo siento un milagro, yo conozco un misterio: la Madre del Señor, fecundada por el Verbo, está llena de Dios» [2]. «Y ¿de dónde á mí tanto bien que la Madre de mi Señor venga á visitarme?»

Yo veo á la Mujer vestida del Sol; me hallo frente á frente de la Madre de mi Señor; y, apenas he oído su voz, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.

Yo he sido concebida en la iniquidad, pudo continuar Isabel: « Yo dije á la podre: tú eres mi padre, mi madre y mi hermana á los gusanos » [3]. ¿Y la Madre de mi Señor viene á mí? El ángel calla y se humilla, y no se atreve á mirar la inmensidad de tan alta dignidad. ¿Y la Madre de mi Señor viene á mi? ¡Oh escena maravillosa que, admirados contemplaron los cielos y la tierra! La Virgen de Sión exaltada hasta lo sumo por la maternidad divina; la venerable Isabel humillada hasta el polvo en vista de tan sublime misterio; la tierra saludando á la esperanza, y Dios complaciéndose en sus maravillas: he aquí un conjunto de prodigios de la gracia y del poder divino, y un atractivo religioso del

[1] San Bernardo, Hom. . a *Super Missus est.*
[2] San Ambrosio, lib. II, *Coment. in Luc. Cap. I.*
[3] Job. cap. XVII.

todo encantador que llena el vacío del corazón cristiano.

León, ciudad afortunada, que has tenido la inesperada ventura de que te visite María en su imagen portentosa de la Madre Santísima de la Luz, tú también, como Isabel, debes exclamar: ¿Y de dónde á mi tal dicha que la Madre de mi Señor venga á visitarme? Reconoce humillada tanta gracia, y consagra á tu Reina y Señora un homenaje de gratitud.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA CUARTO.

¡Oh María! Vos sois la Madre de Dios, y por lo mismo «nada resiste á vuestro poder, nada se opone á vuestra fortaleza; á vuestra voz todo se rinde, á vuestro imperio todo obedece, todo sirve á vuestra potestad. El que nació de Vos os eleva sobre todas las criaturas, porque vuestro Creador estima vuestra gloria como suya propia, y alegrándose en ella, porque es vuestro Hijo, cumple vuestras peticiones como pagándoos una deuda» [1]. Por tanto, rogad por nosotros una sola vez, seréis oída: libradnos de nuestros enemigos, y seremos salvos.

[1] San Jorge Nicom., *Or. de Oblat. Deip.*

DÍA QUINTO.

LECCIÓN.

Mi alma engrandece al Señor. Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Absorta la Virgen bendita en la casa de Zacarías por la contemplación de tan altos misterios, escucha en silencio los elogios que Isabel la tributa; oye que la llama bendita, bienaventurada, Madre de todo un Dios, y no se envanece, sino que se humilla; no impide su alabanza, sino que la dirige á su Creador; y abriendo sus labios para dar paso á la sublime expresión de su gozo, exclama: « Mi alma engrandece al Señor. Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador. » Así es como la Virgen de Sión deja escuchar su dulcísimo acento en ocasión tan solemne; así emite su voz argentina la Reina del cielo y de la tierra, á quien aplaudió el universo admirado; así entona el epitalamio de sus desposorios la Esposa inmaculada de Dios; así, por fin, la tierna Doncellita de Nazareth hace oir su cántico *Magnificat*, que es el himno de la gratitud más tierna, el estupendo prodigio de sabiduría, la fuente inagotable de los purísimos sentimientos de su corazón limpio y reconocido.

¿Por qué así cantáis vuestra gloria, oh María, con tanta magnificencia y ternura? ¿Por qué hacéis resonar vuestro cántico

celeste cuando se os alaba y bendice? ¿Por qué expresáis vuestro júbilo indecible en el momento en que comienza vuestro culto de Madre de Dios?

Mas escuchamos el eco de su cantar como la viva expresión de su reconocimiento y amor á Dios. María sabe muy bien que posee la plenitud de la gracia, y conoce, por lo mismo, que está exenta de toda culpa; el ángel se lo asegura de parte de Dios cuando le dice: «Dios te salve, llena de gracia.» Está bien cierta de su íntima unión con Dios, unión que no podrá romper jamás todo el infierno junto: «El Señor es contigo.» Se ve sublimada sobre toda criatura, porque á ninguna otra, después de Jesucristo, fué concedida tal plenitud de gracia, ni unión tan íntima con Dios: «Bendita tú entre las mujeres.» Su predestinación á la maternidad divina, la preeminente dignidad á que Dios la elevó preeligiéndola para Madre de la Luz eterna, su inmunidad del pecado, su perpetua virginidad, todos estos portentos constituyen la causa de sus sentimientos y de su gozo, y por esto glorifica al Señor con toda la efusión de su alma inmaculada; lo ensalza y engrandece como al Autor de su pureza y castidad, como á la Fuente de su gracia y justicia, como al Esposo de su unión indisoluble, como al Hijo bendito de sus entrañas que realzó y dió un nuevo esplen-

dor á todas sus excelencias. «Mi alma engrandece al Señor.» Comprende toda su ventura por haber concebido en su vientre á Aquel que verdaderamente es Dios, sin menoscabo de su virginidad, sin detrimento de su pudor; y en vista de este portento divino, único en su clase, no puede menos que exclamar: «Mi alma engrandece al Señor.» Pero se ve más feliz por haber concebido á Dios antes en su mente que en su vientre [1], porque, inmune de toda culpa, se halla perfectamente libre para volar á Dios y para estar siempre unida con Dios; y por ésto, ni el mundo, ni cuanto hay de más precioso en el mundo tiene parte en su gozo indefinible. Dios sólo es la causa de su alegría y el objeto de su ternura; siente en Dios, goza en Dios y se regocija para Dios; el Señor absorbe todo su ser y constituye la esencia de su felicidad. Y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador.

María no reprueba los encomios que Isabel la dirige; sabe muy bien que Isabel habla movida por el Espíritu Santo, y por esto sólo se ocupa en volver aquellas alabanzas á la fuente de donde emanan. Como si María dijera á Isabel, dice San Bernardo: «Tú glorificas á la Madre del Señor; pero mi alma glorifica al Señor; el hijo que llevas en tu vientre, al oir mi voz,

[1] San Agustín.

saltó de gozo; pero mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador »[2].

Tal es el cántico sublime que resonó al principio de la ley de gracia, y por medio del cual Dios publica su gloria y María su dignidad.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA QUINTO.

¡Oh labios purísimos de la Reina de los Ángeles! ¡Oh lengua castísima de la excelsa Virgen! ¡Oh garganta dulcísima de la que es el manantial de los conciertos! ¡Oh alma encendidísima de la Madre de la Luz! Permitid que nuestros labios inmundos pronuncien también el cántico de vuestra gloria, para que, repitiendo vuestra expresión misteriosa, el Señor se apiade de nosotros, nos libre de nuestros enemigos, nos llene de bendiciones, y por fin nos conceda la vida perdurable. Amén.

Gozos y oración final.

DÍA SEXTO.

LECCIÓN.

Porque miró la humildad de su esclava.

UNA vez que el ángel explicó á María la grandeza del misterio que le anunciaba, diciéndole que el Espíritu Santo descen-

[2] Serm. *Super sign. magn. in cap. XII Apoc.*

dería sobre ella, que la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, y que de este modo el Hijo de Dios encarnaría en su seno, sólo faltaba que María expresara su consentimiento, pronunciando la palabra que esperaban los cielos para su gloria y la tierra para su felicidad. Efectivamente, María dijo: « He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra »; y en el momento el Hijo del Altísimo se hizo hombre en su vientre virginal. Palabra prodigiosa que se asemeja á la palabra creadora con que Dios sacó la luz de la nada. « Hágase la luz », dijo Dios, y la luz fué hecha. « Hágase en mí según tu palabra », dijo María, y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. « Palabra admirable que Dios quiso reservar á María, y cuyos efectos, mil veces más prodigiosos que los del primer *fiat* productor del mundo, abruman ciertamente toda el alma con la augusta majestad del misterio »[1]. « Palabra portentosa que selló para siempre su perpetua virginidad, quedando como un brillante engastado en el oro de la divina maternidad; palabra, en fin, por la que María, haciendo nacer la Luz indeficiente en medio de los cielos[2], aparece Madre de la Luz eterna, y el Hijo de Dios en su seno

[1] Ilmo. Sr. Munguía, *Explicación pastoral de la doctrina cristiana.*

[2] Eclesiastés, cap. XXI.

como en un trono más resplandeciente que el sol, y lleno de hermosura « como la luna perfecta para siempre »[1]. A esta palabra y sumisión de María atendió el Señor mirando la humildad de su esclava; y de esta mirada de Dios hace mención la tierna Virgen en su augusto cántico, como la causa principal de su gozo.

¿Y cómo fuera posible que el Señor no hubiera atendido á la humildad de María? El ángel la saluda : « Llena de gracia, bendita entre las mujeres », y María dice : « He aquí la esclava del Señor.» Ella es la tierra bendita, iluminada por la gloria de Dios[2]; posee la gloria del Líbano y la hermosura del Carmelo, y se confiesa la esclava del Señor. Ella vistió al Sol divino con la cándida niebla de su naturaleza, y el Sol la vistió con el resplandor de su luz[3], y exclama diciendo : « He aquí la esclava del Señor. » Ella, por fin, ha dado gloria á los cielos, Redentor á la tierra, fe á las naciones, fin á los vicios, orden á la vida y disciplina á las costumbres[4], y dice : « He aquí la esclava del Señor.» Ved ya el cimiento profundo de la altísima elevación de María. Sus labios no se abren para decir : « Yo soy la Madre de Dios », sino

[1] Salmo LXXXI.
[2] San Buenaventura, *Spec.*, lec. XII.
[3] San Bernardo, homilía *Super sign. magn.*
[4] San Jerónimo, serm. 6, *De Assumpt.*

sólo para confesarse la esclava del Señor. « ¡Oh verdaderamente bienaventurada humildad de María, que dió luz al Señor para los hombres, dió la vida espiritual á los mortales, renovó los cielos, purificó al mundo, abrió el Paraíso y libró á las almas de los infiernos!»[1]. Humildad que se levantó como un gigante contra la malicia de la serpiente y aplastó su cabeza; humildad que, superando á la dignidad angélica, elevó á María hasta el sumo trono del Rey[2], en donde ciñó la corona de su grandeza para regir á los ángeles y á los hombres; humildad, por fin, que hizo de María la Madre Santísima de la Luz y al mismo tiempo la escala misteriosa por donde Dios descendió á la tierra y los hombres subieron al cielo[3].

Bendigamos á Dios, que atendió á la humildad de María para darnos al Salvador, y bendigamos también á María, que ha sido el medio de nuestra santificación.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA SEXTO.

Cuanto más habéis querido permanecer oculta en vuestra humilde morada, tanto

[1] San Agustín, serm. 35, *De Sanctis.*
[2] San Bernardo, serm. 6, *De Assumpt.*
[3] San Fulgencio, *De Laud. Virg.*

más, ¡oh María!, resplandecéis ahora en el cielo. Vos os confesasteis la humilde esclava del Señor, y habéis tenido la gloria de ser la Madre Santísima de la Luz y de poseer el imperio de todas las criaturas. Por este galardón inestimable que mereció vuestra humildad profundísima, os pedimos que, siendo mansos y humildes de corazón, alcancemos perfecto dominio sobre nuestras pasiones.

Gozos y oración final.

DÍA SÉPTIMO.

LECCIÓN.

Me dirán bienaventurada todas las generaciones.

LLena de luz la soberana Virgen María y guiada por la sabiduría infinita, vuela por el inmenso campo del porvenir; y contemplándose frente á frente de sus glorias, ve pasar por todas las edades su culto y veneración. « Me dirán bienaventurada todas las generaciones. »

María profetiza su grande celebridad y los plácemes y alabanzas que le habían de tributar los siglos; pero no es por sí misma, ni apoyada en sus propios méritos por lo que ha hecho previsión tan solemne; es la virtud del Altísimo, es la luz del Espíritu Santo, es la claridad del Verbo quien le descubre su futura gloria.

María, en efecto, comienza á recibir los homenajes de las criaturas desde el momento mismo de su predicción : é Isabel la primera, dirigiéndole la palabra, le dice : « Bienaventurada Tú que has creído, porque cumplido será todo lo que te fué dicho de parte del Señor. » La fe de María, esta fe tan firme y segura por la que la Virgen augusta, fiada en la Omnipotencia divina, para quien nada hay imposible, pronunció la palabra que realizó las esperanzas de cuarenta siglos; esta fe, que unío la virginidad más perfecta consagrada á Dios, á la suprema dignidad de Madre del mismo Dios; esta fe levantó á María á una altísima cumbre de santidad desde donde recibe las alabanzas de todas las generaciones. En esta magnífica y sublime elevación, la Virgen Madre se presenta á las naciones con todo el encanto de su hermosura, con todo el atractivo de su gracia, con todo el esplendor de su gloria; y colocada en esta altura prodigiosa, puede muy bien cantar con la Iglesia : « Yo he sido exaltada como el cedro del Libano y como ciprés en el monte de Sión. Fuí elevada como la palma en Cades, y como la plantación de la rosa en Jericó[1]. Yo sola he rodeado el giro del cielo, he penetrado á lo profundo del abismo, he andado sobre

[1] Eclesiastés, XXIV.